

**ALBE
NOLA**

ESPIRITUALIDAD BIBLICA

*espiritualidad de
justicia y el amor*



Espiritualidad Bíblica

Espiritualidad de la Justicia y el Amor

Albert Nolan, OP

Contenido

1. La vida del espíritu

2. El Espíritu de los Profetas

2.1. Ellos denuncian

2.2. Ellos hablan antes

2.3. Ellos hablan por

3. El Dios de Justicia y Amor

3.1. Justicia: La Espiritualidad del Antiguo Testamento

3.2. La justicia y la espiritualidad del amor y del Nuevo Testamento

4. Espiritualidad del Reino

4.1. La Buena Nueva del Reino

4.2. La Salvación vista como Liberación

5. Valores del Evangelio

5.1. Repartición

5.2. La Dignidad Humana

5.3. Solidaridad Humana

5.4. Servicio

Este librito contiene poco más que algunas anotaciones para un curso sobre espiritualidad bíblica. Yo corregí y aumenté alguna cosa aquí y allá, y dividí el material en capítulos. No necesito decir que la espiritualidad bíblica abarca mucho más que todo aquello que aparece en este librito, y que percepciones valiosas que siempre surgen de las discusiones durante el curso no fueron registradas aquí.

El curso “Fe y Vida” es un intento de crear una nueva espiritualidad para religiosos que viven y trabajan en África del Sur. Es un intento de unir e integrar la fe y la experiencia de vida en el África del Sur, espiritualidad y justicia social, oración y política. Es un intento de hacer crecer nuestra conciencia con relación a lo que está sucediendo con nosotros personalmente (psicología religiosa) y socialmente (justicia social) y de desarrollar una vida espiritual adecuada a esas circunstancias de la vida.

Las conferencias sobre espiritualidad bíblica constituyen, está claro, una pequeña parte del curso. En verdad son sólo un conjunto de informaciones básicas sobre la vida del espíritu, conforme nos es revelada en la Biblia.

El desarrollo de una espiritualidad sudafricana es tarea de los participantes del curso, trabajando juntos en equipo, usando la información prevista y aprendiendo el uno con el otro.

Estas notas fueron reunidas en forma de folleto básicamente para el uso de los participantes del curso, pero se pensó que también podrían llegar a tener valor para otras personas.

Albert Nolan

1. La vida del espíritu

La vida espiritual no es un compartimento de la vida que puede ser separado de los otros compartimientos, como la vida física (salud), la vida social (deporte y diversiones), la vida intelectual (estudio), la vida económica (patrón de vida), la vida apostólica, la vida política o la profesional.

La vida espiritual es la totalidad de una vida, en la medida en que es motivada y determinada por el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús. Cuanto más fuéremos motivados por ese Espíritu en todo lo que hiciéremos, tanto más podremos decir que tenemos una vida espiritual.

A muchos de nosotros se nos enseñó a considerar a la vida espiritual como la parte de la vida en la que realizamos ejercicios espirituales, como oraciones, meditación, lectura espiritual, examen de conciencia, retiros, días de recogimiento y frecuencia a los sacramentos. El resto de nuestras vidas, los otros compartimientos, eran considerados como vida material. Nosotros percibíamos suficientemente bien que nuestra vida espiritual debía influenciar en nuestra vida material, pero todavía pensábamos que las dos eran compartimientos o áreas distintas.

Lo primero que necesitamos aprender con respecto a la espiritualidad bíblica es que la Biblia no divide a la persona humana en una parte espiritual y otra material por lo menos, no del modo como acostumbramos hacerlo. En la Biblia la persona humana es considerada como un todo y no como un alma que habita un cuerpo. Esa división entre cuerpo y alma, que vuelve a la persona humana en un alma aprisionada en un cuerpo, no tiene su origen en la Biblia, sino en la filosofía griega.

Si partimos del presupuesto de que el ser humano es un alma aprisionada en un cuerpo, es muy fácil entonces encontrar eso en la Biblia y encarar la vida espiritual como algo que dice respecto al alma y no al cuerpo. Eso es particularmente cierto con relación a la diferencia que Pablo hace entre espíritu y carne. El habla sobre aquellos que viven “según la carne” y aquellos que viven “según el Espíritu” (Rom 8, 4), o aquellos que “desean las cosas de la carne” y aquellos que “desean las cosas del espíritu” (Rom 8, 5). Pablo no está dividiendo a la persona humana, aquí, en dos partes: espíritu y carne; ni está diciendo que debemos pensar sólo en nuestras almas y rechazar nuestros cuerpos. Veamos entonces, que es lo que él quiere decir.

Los traductores han encontrado dificultad en traducir la palabra “carne”. La *Biblia de Jerusalem* la traduce como: “viviendo vidas no espirituales”, lo que no ayuda mucho. La *Nueva Biblia Inglesa* la traduce como “viviendo al nivel de nuestra naturaleza interior”. Pero la Biblia no conoce nada sobre naturalezas inferiores o superiores en una persona humana. La carne no significa nuestra naturaleza inferior. La peor traducción la da la *Biblia de la Buena Nueva*. Ellos traducen esta palabra como “viviendo al nivel de nuestra naturaleza humana”. Esto podría parecer significar que para tener una vida espiritual tenemos que luchar contra nuestra naturaleza humana. Esta es la filosofía de los estoicos y griegos y no de la Biblia.

En primer lugar, necesitamos recordar que en la Biblia las palabras no son usadas de manera fija, definida y filosófica. Las mismas palabras significan cosas diferentes en contextos diferentes. En este contexto específico, Pablo no está usando la palabra “carne” en el sentido de deseo sexual o de naturaleza inferior o naturaleza humana. Él está hablando sobre el pecado y mundanismo en general. Él está hablando sobre un modo de vida que no está motivado e inspirado por Dios.

Eso queda muy claro para nosotros a través de la relación que nos da de las “obras de la carne” (Gál 5, 19-21). La relación incluye no solo los pecados del sexo, sino también los pecados de idolatría, celos, envidia, mal humor. Estas también son obras de la carne, aunque nada tengan que ver con “la naturaleza inferior” o con “las tentaciones del cuerpo”. Más aún, la carne está también asociada a la Ley Mosaica o al espíritu del legalismo (Gál 5, 18; 3, 2-3). Y en otros lugares la vida según la CARNE es descrita como “el ESPÍRITU de esclavitud” (Rom 8, 14) o “el ESPÍRITU del mundo” (I Cor 2, 12) o “el ESPÍRITU del anticristo” (I Jn 4, 3) o “el ESPÍRITU del error” (I Jn 4, 6).

En los Evangelios leemos sobre los “malos espíritus”, “espíritus inmundos”, “un espíritu de debilidad” (Lc 13, 11), un “espíritu sordo y mudo” (Mc 9, 25), etc. La vida según la carne es, entonces, una vida motivada por malos espíritus, por espíritus mundanos o por valores mundanos. En cuanto que la vida según el espíritu es una vida motivada por el espíritu del bien o Espíritu de Dios.

El punto que estoy tratando de aclarar es que, en la Biblia, tener una vida espiritual o una vida según el espíritu no es una cuestión de estar siendo movido por un espíritu cualquiera, que baste que sea espíritu y no materia. La vida espiritual es una cuestión de estar siendo movido por el ESPÍRITU DE DIOS y no por cualquier otro espíritu. Lo opuesto a la carne no es el espíritu en general, sino el Espíritu Santo. La palabra espíritu en la vida espiritual significa el Espíritu de Dios como oposición a cualquier otro espíritu. Así, lo opuesto a la vida espiritual no es la vida material, sino una vida mundana o sin fe.

El problema no está, entonces, en preferir mi alma a mi cuerpo, sino en saber cómo discernir el Espíritu de Dios en el mundo y en mí, en ver la diferencia el Espíritu Santo y todos los otros espíritus profanos que motivan a las personas. Como dice Juan: “... no creáis en cualquier espíritu sino examinad los espíritus para ver si son de Dios” (I Jn 4, 1).

La vida espiritual es entonces el esfuerzo constante y diario para asegurar que el espíritu que nos mueve es el Espíritu de Dios y no cualquier otro espíritu. Esto significa que tomamos en serio el consejo de Pablo cuando dice: “Y no os conforméis con este mundo” (Rom 12, 2). En vez de eso, buscamos los caminos de Dios, los caminos del Espíritu.

Digo “buscar” porque el Espíritu de Dios es difícil de captar. Es como el viento que “sopla donde quiere: oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene, ni para dónde va” (Jn 3, 8). El espíritu de Dios no puede ser fijado en leyes, reglas o reglamentos. La

nueva alianza no es de la letra y sí del Espíritu, pues la letra mata, pero el Espíritu comunica la vida (II Cor 3, 6). Es el espíritu de la ley el espíritu de la Biblia que nosotros estamos buscando porque el espíritu de la Biblia es el espíritu de Dios.

Sabemos que es el Espíritu del Amor (I Jn 4, 13-16), el espíritu de Verdad (Jn 14, 17; 16, 13-14; I Jn 5, 7), el Espíritu de Libertad (II Cor 3, 17; Rom 8, 1-13), el Espíritu de Sabiduría y Entendimiento y así sucesivamente. Pero, qué significa todo eso en la práctica? Nos fue dicho que los frutos del Espíritu son: “amor, alegría, paz, magnanimidad, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, autodomínio” (Gál 5, 22). Pero ¿cómo alcanzar todo eso? Hay manifestaciones o dones del Espíritu que varían enormemente de época a época, de lugar a lugar (comparar I Cor 12-14; Rom 12, 6-8; Ef 4, 11). Las relaciones que Pablo nos presenta de los dones varía y no pretenden ser exhaustivos. En verdad, uno de sus puntos más importantes es que hay mayor variedad de dones de los que la mayoría de sus lectores imaginan. ¿Cuáles son pues los dones o manifestaciones del Espíritu hoy en África Sur?

La espiritualidad bíblica es un intento de descubrir cómo el Espíritu de Dios se manifiesta en las vidas de los personajes bíblicos que fueron movidos por el Espíritu, que tuvieron una vida espiritual ejemplar. Buscamos en la Biblia más el Espíritu que la letra, a fin de proporcionar al Espíritu más libertad para actuar en nuestras vidas y en nuestro país hoy.

2. El Espíritu de los Profetas

No apaguen el Espíritu, no desprecien lo que dicen los profetas.

I Tes 5, 19

En la Biblia, el Espíritu Santo está íntimamente asociado a las profecías. Los profetas eran personas movidas y motivadas por el Espíritu más que cualquiera otras. En la Biblia, ser movido por el Espíritu y ser un profeta es prácticamente la misma cosa. Tanto que cuando queremos identificar al Espíritu en el que creemos, decimos: “creemos en el Espíritu Santo que habló por los profetas”. (Credo niceno-constantinopolitano).

Antes de Cristo, ese Espíritu sólo era dado a pocas personas, pero en Pentecostés, el Espíritu de Dios fue derramado sobre muchos y se tornó accesible a todos. El resultado inmediato es que todos ahora pueden ser como los profetas, pueden compartir el Espíritu de los profetas de una u otra forma. Como Pedro nos dice en los Hechos 2, 15-21, la profecía de Joel ahora se realiza: “sucederá en los últimos días, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre todos los hombres. Sus hijos y sus hijas profetizarán y los jóvenes tendrán visiones y los ancianos tendrán sueños. “Tendrán visiones” y “tendrán sueños”, son maneras metafóricas de referirse a la actividad de los profetas.

En el Nuevo Testamento, la palabra profecía es usada tanto de un modo restringido como en sentido amplio y general. En sentido restringido sólo se aplica a un grupo específico de cristianos que son llamados profetas (He 21, 10-11; I Cor 12, 28-29), pero en su sentido general y amplio se aplica a todos los cristianos que son movidos por el espíritu, no importa qué dones del Espíritu ellos manifiesten (He 2, 17-18; 19, 6; Stgo 5, 10). En este sentido más general, podemos decir que la vida espiritual es siempre una vida profética, que en la Biblia la vida en el Espíritu es una vida vivida de acuerdo con el espíritu de los profetas: “Ustedes son herederos de los profetas” (He 3, 25).

Eso significa que si quisiéramos saber lo que significa una verdadera vida espiritual, tendremos que comenzar por un estudio más profundo de los profetas bíblicos. Ahí veremos las primeras grandes manifestaciones del Espíritu.

La palabra griega “prophetas”, posee tres significados interrelacionados. Significa los que DENUNCIAN, los que HABLAN ANTES y los que HABLAN POR. Ellos DENUNCIAN, porque son valientemente críticos de su mundo; ellos HABLAN ANTES, porque consiguen prever el futuro; ellos HABLAN POR, porque hablan como mensajeros de Dios, en su nombre. Vamos a considerar más detalladamente el significado de estos tres aspectos de la profecía.

1. Ellos denuncian

La diferencia entre los apóstoles antes y después de Pentecostés es bastante clara. Antes de recibir el Espíritu Santo eran débiles, tímidos, vergonzosos, callados e inseguros. Tan pronto fueron movidos y motivados por Espíritu Santo, se volvieron

valientes y confiados, hablaban con coraje y vigor, sin importarles las consecuencias. El Espíritu de Dios nos permite denunciar.

Esto es bastante evidente en la vida de los profetas del Antiguo Testamento. Ellos hablaban contra casi todo lo que los judíos de su tiempo hacían, contra todos los presupuestos y las normas de comportamiento aceptadas. Se caracterizaban por su crítica o denuncia no solamente contra los enemigos de Israel, sino también contra el mismo Israel, contra los líderes del pueblo, los sacerdotes, los falsos profetas, contra los ricos y los sacrificios en el Templo. Por eso eran generalmente muy impopulares y frecuentemente perseguidos y martirizados. En la época del Nuevo Testamento se tenía como cierto que la persecución caminaba lado a lado con la profecía (Lc 6, 22-26) y que un profeta era también un mártir (Mt 23, 29-33).

Los signos de los tiempos

La crítica de los profetas contra el “status quo”, era siempre constructiva. Ellos clamaban por transformaciones o “metanoia”, a la luz de lo que veían. Y lo que veían eran los “signos de los tiempos”. Aquello que volvía al profeta diferente de los otros hombres era su interpretación divinamente inspirada de los signos de su tiempo. El mensaje de los profetas no es deducido de principios eternos; ni tampoco sacan conclusiones eternamente válidas. El mensaje de los profetas es limitado en el tiempo, en el sentido de que provienen de los signos de una época y situación determinadas, y es dirigido a personas específicas que viven en aquella época y en aquel lugar. Así, para poder comprender el mensaje de un profeta, necesitamos conocer la época y su situación histórica. Los signos de los tiempos varían de época a época, obviamente. Los signos de la época de Jeremías eran muy diferentes de los de la época de Naum, y los signos que Amós leía eran muy diferentes de aquellos que Isaías interpretaba. Por otro lado, los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento tienen un conjunto totalmente nuevo de signos para interpretar.

Los signos de los tiempos eran siempre acontecimientos históricos que hoy nosotros clasificaríamos como acontecimientos políticos, sociales, económicos, culturales, religiosos y hasta psicológicos. Muchos profetas eran perspicaces observadores políticos que examinaban cuestiones como la guerra o la amenaza de guerra, el crecimiento o expansión de los imperios, el valor de esta o aquella alianza militar, la política de un rey o emperador. En cuanto a esto, en la vida interna del país, ellos prestaban atención a la explotación de los pobres, al estilo de vida de los ricos, a los pesos y medidas falsificadas por comerciantes, y así sucesivamente. Ellos tenían también una extraordinaria percepción de la verdadera naturaleza de las prácticas religiosas como dar limosna y rezar, así como el ayuno y el legalismo hipócrita de los fariseos.

Todos esos acontecimientos eran vistos como señales: buenas y malas señales, señales de lo que Dios estaba haciendo o planeando hacer, señales de aquello que él está condenando y rechazando; signos de su misericordia y de su ira, signos de esperanza y signos de una desgracia inminente. El hecho es que Dios hablaba con los

profetas en una especie de lenguaje de signos, sólo que los signos eran acontecimientos de su época. El Espíritu de Dios los volvía capaces de leer los signos de su época de forma correcta y de proclamar lo que veían y preveían.

2. Ellos hablan antes

Un profeta es esencialmente un hombre que mira hacia el interior del futuro. No es un adivino o cartomancista que hace profecías absolutas e incondicionales respecto del futuro. La previsión o predicción de un profeta es siempre condicional.

El mensaje de todos los profetas tiene la misma estructura. Hay una llamada a la “metanoia” (arrepentimiento, conversión, transformación) como una advertencia sobre el juicio que vendrá si el pueblo no cambia, y una promesa de salvación si el pueblo realmente cambia. El juicio futuro o la salvación futura no son absolutos inevitables. Están limitados por cláusulas condicionales: “si ustedes no cambian”, “si ustedes no cambian”. En otras palabras, lo que los profetas prevén son las consecuencias de aquello que está o no está siendo hecho ahora. Ellos prevén el futuro en el presente, en las tendencias actuales, en los signos de los tiempos.

Consecuentemente, si las personas cambiaran ahora, el futuro sería diferente. Dios tiene piedad cuando los hombres se arrepienten. Este principio puede ser hallado explícitamente en muchos párrafos de la Biblia, (ej.: Jer 26, 13, 16-23; Jn 3, 10; 4, 2; Am 7, 3-6; Ex 32, 14) y está implícito en todas las profecías.

Debemos examinar más de cerca esta estructura o patrón del mensaje profético. Todas las palabras pronunciadas por los profetas se refieren al juicio, a la salvación o “metanoia”.

a) **JUICIO:** En los profetas esto no se refiere principal e inmediatamente a un acontecimiento en la vida después de la muerte. Se refiere a algún acontecimiento histórico futuro, tal como la pérdida de una batalla, la caída de Jerusalén, el cautiverio o el exilio. En otras palabras, sus profecías de sentencia son profecías de algún desastre que resultará en sufrimientos terribles para el pueblo. El juicio de Dios es el castigo futuro y presente, en este caso, es la ligazón existente entre el sufrimiento y el pecado.

El sufrimiento que sigue al pecado no es un castigo impuesto arbitrariamente, sino lo que podemos llamar consecuencia natural del pecado. El pecado, por su propia naturaleza perjudica a quien peca y a los otros también, sino inmediatamente, por lo menos en el futuro. Todo pecado tiene consecuencias nocivas. Las advertencias de los profetas no son como las amenazas de los padres que castigan a los hijos por no haber hecho sus deberes en casa, mandándolos a la cama sin cenar. Las advertencias de los profetas se parecen más a las de los padres que explican a su hijo las consecuencias que puede tener el no haber hecho las tareas escolares, por ejemplo y repetir el año escolar.

De esa forma, el objetivo de las advertencias de los profetas con respecto al futuro es incentivar a sus contemporáneos a cambiar de vida (metanoia).

b) **SALVACIÓN:** Del mismo modo, la salvación a la que los profetas se refieren, no es principal e inmediatamente la salvación eterna del cielo. Ellos prevén un futuro de bendiciones, prosperidad, paz, felicidad y justicia en los términos concretos de un retorno del exilio o de la liberación de la guerra, de la dominación, del cautiverio. Y, nuevamente, eso está previsto como una consecuencia natural de la justicia que está siendo practicada ahora o que el pueblo está siendo incentivado a practicar ahora. La única razón por la cual el profeta predice eso, es asegurar que el pueblo continúe en el buen camino o corrija sus errores.

Mientras tanto, hay una importante diferencia entre las profecías de juicio y las de salvación. Al final, la salvación vendrá. Al final, el bien vencerá al mal. Al final, el pueblo se transformará. Esto está garantizado por Dios. Por más sombríos que el presente y el futuro inmediato puedan ser, por más que puedan sobrevenir el juicio y el infortunio, los profetas tienen siempre esperanza respecto del resultado final.

c) **METANOIA:** En general traducimos esta palabra como arrepentimiento o conversión, pero literalmente significa cambio de mentalidad, un cambio interior, un cambio de actitud, de comportamiento. Y este cambio es siempre visto como el cambio de un comportamiento injusto a uno justo. El cambio que Dios exige es siempre una exigencia de justicia (como veremos más adelante).

Además, es también una cuestión de transformación social mas que individual. Es una conversión de todo el pueblo, o por lo menos, de los líderes del pueblo. “Conviértete, Jerusalén”. En las últimas frases de Jeremías, Ezequiel y Juan Bautista, la conversión del individuo comienza a tener alguna importancia, pero aún así, es por el bien de la Nación o por lo menos del “resto” de Israel.

La llamada hacia una “metanoia” toma forma diferente cuando el pueblo ya se convirtió o está intentando hacerlo. En estos casos, los profetas tienen un mensaje de aliento, consolación y exhortación, un mensaje de esperanza. Eso es particularmente evidente en Isaías en la parte que conocemos como el *Libro de la Consolación* (40-55).

Ese elemento de la metanoia es importante, porque pone en evidencia la creencia profética de que aún cuando la historia sea hecha por Dios, el Señor de la historia, lo que él hará en el futuro depende de aquello que hagamos ahora. En otras palabras: podemos nosotros cambiar la historia, determinar el futuro por nuestras acciones.

Una espiritualidad vuelta hacia el futuro

Los profetas desviarán la atención del pueblo, del pasado hacia el futuro. Ellos, en vez de intentar entender el presente en términos de acontecimientos pasados (Éxodo, Monte Sinaí, Rey David, etc.) piden al pueblo que entienda el presente en términos de una futura acción de Dios. Los profetas estaban orientados hacia el futuro, avizoraban el futuro, eran “progresistas”. Querían que el pueblo cambiase, planease, actuase en vistas al futuro. Ya que ese acontecimiento futuro o “escathón” sería un acontecimiento cualitativamente nuevo, pedían al pueblo que hiciese cosas nuevas, que realizase transformaciones inauditas.

Es muy interesante que notemos la frecuencia con que los profetas usan la palabra “nuevo”: un nuevo pacto, una nueva era, un nuevo corazón, un nuevo espíritu, un nuevo cielo y una nueva tierra, una nueva Jerusalén, o simplemente que Dios haría una cosa nueva. Ellos incentivaban al pueblo a romper con su pasado y a mirar hacia la novedad del futuro de Dios.

“No se acuerden más de otros tiempos, ni sueñen ya más en las cosas del pasado. Pues yo voy a realizar una cosa nueva” (Is 43, 18-19). Esto no significa que los profetas quisieran que el pueblo de Israel rechazase todas sus tradiciones: ellos tomaban las tradiciones y las interpretaban de nuevo modo, en términos de la nueva era o del nuevo futuro. Así la antigua alianza es usada para hablar de una nueva alianza futura o nuevo testamento, el Éxodo o Reino del Pasado serán usados para llamar la atención sobre el nuevo Éxodo o Nuevo Reino del Futuro. Cuando los profetas miraban hacia atrás, hacia los acontecimientos pasados, los veían como profetas de Dios hacia el futuro. Por lo tanto, el mismo pasado apunta hacia el futuro y al final, nosotros nos encontramos nuevamente cara a cara con el futuro.

Lo último que se podría decir al respecto de los profetas es que no fueron conservadores. Estaban muy enfrentados a su tiempo y por eso raramente eran apreciados por sus contemporáneos. Estaban orientados hacia el futuro, y en este sentido eran progresistas. Eso tampoco significa que quisieran cualquier progreso. Lo que buscaban era la novedad total del futuro de Dios.

3. Ellos hablan por

Los profetas tenían mucha conciencia de ser mensajeros de Dios. Siempre hablaban en nombre de Dios: “Yahveh Dice”. Por lo tanto, su mensaje no era de ellos mismos, sino mensaje de Dios, era una REVELACIÓN de Dios. No es que Dios murmurase en sus oídos o mandase un ángel para dictarles un mensaje. Dios hablaba con los profetas y se revelaba a ellos en los signos de los tiempos.

Hay, no obstante, una diferencia entre la manera como Dios habló a los profetas y como él nos habla hoy. En ambos casos habla a través de los signos de los tiempos y en ambos casos es una revelación, al menos para la persona que oye cuando Dios habla con él. Sin embargo, en el caso de los profetas bíblicos, Dios reveló cosas nuevas respecto de sí mismo, cosas que antes no habían sido reveladas a nadie. Esta revelación de cosas nuevas “TERMINÓ” con Jesús y con el último libro de la Biblia. Jesús fue la revelación final y definitiva de Dios, su última palabra.

Pero desde entonces, aunque Dios no tenga nada nuevo que revelar respecto a sí mismo, continúa revelándose a cada nueva generación y a cada creyente. Ahora se revela de MODO NUEVO en cada época. El mensaje de los profetas, completado por el mensaje de Jesús, necesita sernos revelado a nosotros constantemente por Dios en una serie totalmente nueva de signos para nuestro tiempo.

Con los signos de los tiempos Dios no trata de darnos hoy un nuevo mensaje diferente del mensaje de Jesús. Pero para revelarnos el mensaje de Jesús de modo nuevo en

las situaciones concretas de nuestro tiempo, el usa NUEVOS SIGNOS, los signos de nuestro tiempo. La característica especial de los profetas, entonces, es que Dios les reveló cosas totalmente NUEVAS, con respecto de si mismo, y ellos fueron especialmente inspirados por el Espíritu Santo para descubrir esas cosas nuevas para el bien de todos los hombres. En este sentido, su mensaje tiene de modo especial una garantía de verdad; la Biblia es inspirada.

Digo esto sólo para enfatizar que en todos los otros aspectos nosotros somos y podemos ser como los profetas.

Cómo leer los signos de los tiempos

¿Cómo leen los profetas los signos de los tiempos? ¿Cómo fueron capaces de reconocer lo que Dios les decía? Esta es realmente la cuestión crucial.

La respuesta es que el Espíritu de Dios los hacía capaces de SENTIR CON DIOS. Eran capaces de compartir las actitudes de Dios, o sea sus valores, sentimientos y emociones. Eso les volvía aptos para ver los acontecimientos de su tiempo como Dios los veía y sentir lo que Dios sentía respecto de esos acontecimientos.

Ellos compartían la ira, la compasión, la tristeza, la desilusión, la aversión de Dios, su sensibilidad por el pueblo y su seriedad. Esos sentimientos no eran compartidos de forma abstracta, sino en relación a los hechos concretos de su época. Se puede decir que tenían un tipo de EMPATÍA con Dios, que los capacitaba a ver el mundo a través de los ojos de Dios. La Biblia no separa emociones y pensamientos. La palabra de Dios expresa el modo como él siente y piensa. Los profetas tenían los pensamientos de Dios, porque ellos compartían sus sentimientos y valores. Eso es lo que significa estar lleno del Espíritu de Dios, y eso es lo que nos hace capaces de leer los signos de los tiempos con honestidad y veracidad.

Esto es también lo que significa la unión mística con Dios. Antes, sin embargo, de desarrollar esa idea, vamos a examinar más cuidadosamente y detalladamente la manera cómo los profetas experimentaron esa empatía con Dios. Nos vamos a limitar al profeta Jeremías y examinar primeramente algunos textos que expresan los sentimientos de Dios; después, algunos textos en los cuales Jeremías comparte los sentimientos de Dios al respecto de los acontecimientos de su tiempo; y finalmente algunos textos en los cuales los sentimientos de Jeremías se contraponen a los sentimientos de Dios. Aquí, finalmente, estaremos examinando la médula de la vida espiritual de Jeremías, su oración y su lucha para alcanzar la unión con Dios.

a) Hay muchas expresiones de la ira de Dios, pero será suficiente examinar el texto 5, 7-11. En 2, 1-13 vemos la desilusión y desánimo de Dios y en 14, 17-18 su tristeza. Nuevamente, en 30, 10-11, tenemos un ejemplo de la inmensa compasión de Dios por su pueblo.

b) En 23, 9, cuando Jeremías se siente oprimido por las palabras de Dios, debemos acordarnos que una palabra no es sólo un pensamiento, sino la expresión de un

sentimiento. Jeremías sintió la ira de Dios de modo especial saturando todo su ser. Él nos habla de eso en 6, 10-11 y 15, 17.

c) En los pasajes del texto que llamamos Oraciones o Confesiones de Jeremías, vemos al profeta quejándose a Dios y entrando en conflicto con Dios ya sea porque Jeremías no consigue compartir la ira de Dios y clama por la bondad (10, 23-25) o porque la ira egoísta de Jeremías no es compartida por Dios (11, 20; 12, 1-6; 18, 19-23). Esto se convierte en una crisis de Jeremías. Desea no haber nacido y quiere renunciar a ser profeta (15, 10-21; 20, 7-18).

A veces Jeremías encontraba difícil entender lo que Dios hacía y el por qué. Pero no se limita a aceptar todo ciegamente. Él cuestionaba a Dios. Reclama y medita sobre el problema con espíritu crítico. Sentía que necesitaba cuestionar para tratar de entender. Si él no hubiese hecho esto, hubiera tenido poca percepción de los signos de su tiempo, nunca hubiera conseguido realizar aquella unión con Dios que le permitió entender como Dios veía en los acontecimientos de su tiempo.

Jeremías experimentó, está claro, momentos de paz (31, 26), pero esa paz fue duramente conquistada, después de mucho esfuerzo y verdadera agonía mental. Tenemos la tendencia de pensar que rezamos bien solamente cuando sentimos paz, y que la unión con Dios es siempre una experiencia plácida, pacífica y sin emociones. Eso no es verdad porque, a veces hasta el propio Dios no está calmo ni pacífico, sino por el contrario, muy perturbado y airado.

La ira de Dios

Nuestra tendencia hoy es encontrar que la ira de Dios es una limitación. La expresión profética de la furiosa ira de Dios, tiende a llenarnos de consternación. Pero, de verdad, mientras no podamos compartir algo de ese sentimiento divino, nuestra vida espiritual continuará siendo inmadura, y nuestra unión con Dios será abstracta e irreal.

La compasión de Dios está siempre acompañada de su ira e indignación. Son los dos lados de una misma moneda, porque no podemos realmente amar o tener una verdadera compasión si no somos capaces de sentir ira e indignación. Cuando una persona perjudica a otra, cuando algunas personas son crueles para con otras, cuando explotan y oprimen a los demás, entonces la verdadera compasión por aquellos que están siendo oprimidos, necesariamente lleva consigo ira e indignación contra aquellos que los hacen sufrir.

Esa no es la ira del egoísmo o del odio, es la ira de la compasión. Dios se enfada con ellos por su propio bien. Es la ira que los desafía a cambiar, mostrando claramente la GRAVEDAD de aquello que están haciendo. Jesús sintió compasión por los pobres que estaban siendo explotados por los mercaderes y cambistas en el patio del Templo. Su ira mostró claramente que ese pecado de explotación era terriblemente grave.

Necesitamos tener cuidado de no trivializar a Dios. Él es muy serio con relación a la crueldad de una persona para con otra en el mundo de hoy. A menos que consigamos

compartir su seriedad, estaremos siempre DISTANTES de él, y cualquier experiencia de aparente proximidad con él sería una ilusión.

Compartir la ira de Dios puede ser una experiencia liberadora y una fuente de fuerza, energía y decisión en nuestra vida espiritual. Todos nosotros tenemos un instinto agresivo. Podemos usarlo de forma egoísta contra nuestro vecino, o podemos volverlo contra nosotros mismos, introyectarlo. Pero también, podemos usarlo como fuente de energía y decisión para luchar contra el pecado y el sufrimiento del mundo. Eso fue lo que los santos hicieron, y por eso eran tan decididos y tenían un sentimiento tan saludable de indignación en relación a los pecados de las personas.

Hoy

Cualquier espiritualidad nueva hoy, y especialmente una espiritualidad bíblica, debería incluir un esfuerzo muy serio PARA LEER LOS SIGNOS DE NUESTROS TIEMPOS. No podemos hacer esto solos. Necesitamos hacerlo juntos. Lo más importante, sin embargo, es no dejar de hacerlo, porque “ocultaremos el Espíritu” y destruiremos cualquier posibilidad de vida espiritual verdadera. El mismo Jesús nos dice que debemos leer los signos de los tiempos (Lc 12, 54-57) y el Concilio Vaticano II nos recuerda la urgente necesidad de hacerlo hoy (ver los primeros capítulos de la *Gaudium et Spes*).

Además de esto, una vida espiritual saludable incluye una constante conversión o deseo de cambiar y una tendencia de mirar hacia la novedad del futuro más que a detenerse en el pasado. El deseo de que el pasado vuelva no es una actitud que venga del Espíritu Santo. Necesitamos estar dispuestos a santificar la seguridad que obtenemos al confiarnos en los valores y en las prácticas del pasado.

Una vida en el Espíritu es una vida de denuncia de aquello que está errado en nuestro mundo, nuestra sociedad, nuestra Iglesia y nuestra comunidad, de hablar abiertamente sobre el futuro hacia el cual caminamos o deberíamos estar caminando, de decir lo que Dios debe sentir con relación a los acontecimientos de nuestro tiempo. Esta es, por lo menos, la dirección hacia la cual debemos caminar, si queremos ser fieles al Espíritu de los profetas, que es el Espíritu de Dios.

En la esencia de todo esto, está nuestro esfuerzo personal para con Dios en la Oración. Es preciso que nos volvamos totalmente honestos delante de Dios con respecto a nuestros verdaderos sentimientos y actitudes relativos a los ACONTECIMIENTOS DE NUESTRO TIEMPO. Necesitamos también ser honestos con relación al “por qué” sentimos eso y ver honestamente si Dios siente de la misma manera que nosotros en relación a esos acontecimientos. ¿Compartimos verdaderamente el amor de Dios y su compasión por los pobres y oprimidos, y compartimos realmente su ira e indignación?. ¿Hacemos a Dios a nuestra imagen y semejanza, o permitimos que él nos rehaga de acuerdo con su imagen y semejanza?

3. El Dios de Justicia y Amor

1. Justicia: La Espiritualidad del Antiguo Testamento

Si nos pidiesen condensar el Nuevo Testamento en una sola palabra, todos responderíamos: AMOR. Del mismo modo, si quisiéramos resumir el Antiguo Testamento en una palabra, podríamos decir: JUSTICIA. Todo el Antiguo Testamento versa sobre justicia. Sin embargo, cuando lo leemos en español, como es el caso de la mayoría de nosotros, no es obvio, de ninguna manera, que todo él versa sobre la justicia. ¿Por qué?

Palabras

Es una cuestión de palabras. El Antiguo Testamento fue escrito en hebreo y hay dos palabras en hebreo para “justicia”: MISPAT y SEDAKAH. Ambas significan exactamente lo mismo, pero en nuestras traducciones de la Biblia son frecuentemente traducidas por otras palabras, tales como rectitud, honradez, integridad, honestidad o juicio. Eso desorienta al lector, que no sabe que esos términos se refieren todos a las mismas dos palabras hebreas que designan justicia. Hay igualmente verbos en hebreo que significan literalmente hacer justicia o volver justo lo que está errado. En las traducciones, sin embargo, tales palabras son generalmente traducidas por “juzgar”. Esto desorienta porque nos hace pensar en un juez que condena y castiga a las personas, mientras que la expresión hebraica significa alguien que vuelve justo lo injusto defendiendo o salvando al inocente. El juicio final, en la Biblia, significa el acto final de justicia de Dios, cuando él vuelve correcto todo lo que en el mundo está errado o es injusto. Los jueces del Libro de los Jueces (Gedeón, Sansón, Débora, etc.) no son jueces que se sientan en tribunales para oír causas; son libertadores de Israel que reúnen ejércitos para hacer justicia, corrigiendo el error o liberando a los israelitas de sus opresores.

Es verdad que las palabras hebreas que en la Biblia significan justicia, tienen un sentido más amplio que “justicia” para nosotros, pero el hecho de traducirlas por rectitud, integridad, honestidad o juicio, no nos ayuda a comprender ese significado más amplio.

El Dios de la Justicia

Ya todos observamos, especialmente en los salmos, la frecuencia con que la Biblia habla sobre “hombre justo”. El ideal espiritual, que todo judío debía luchar por conseguir, generalmente no era llamado virtud, santidad o bondad, sino justicia. No hablan de hombre santo, de hombre bueno, sino de hombre justo, esto es, del hombre que practica la justicia. Hablando sencillamente, el justo es el hombre que observa la LEY de Dios. Buena parte del Antiguo Testamento, como sabemos, versa sobre la ley de Dios. De hecho, en el Antiguo Testamento, la revelación fundamental hecha por Dios es su ley, sus mandamientos (no sólo los famosos diez mandamientos). Pero, ¿qué es lo que eso tiene que ver con la justicia? La Ley Mosaica es simplemente la revelación de Dios sobre lo que sería justo y lo que sería injusto en las circunstancias

de aquellos tiempos. Es una expresión de la exigencia de justicia por parte de Dios. Todo es visto en términos de justicia. El adulterio y la prostitución son vistos como formas de injusticia. Aún la idolatría y el culto a los falsos dioses son tenidos como injusticia, o por lo menos como algo que lleva a la injusticia.

La idolatría no es sólo una cuestión de dar culto a imágenes de manera mental. La idolatría era abominable porque envolvía tres cosas: 1. rechazo de la ley; 2. prostitución en el culto; 3. sacrificio humano.

1. El principal problema con relación a los falsos dioses, ídolos o baales, era el hecho de que ellos no exigieron ninguna especie de justicia o moralidad por parte de los que les prestaban culto. Al contrario del Dios verdadero, ellos no tenían ningún mandamiento moral, ninguna ley, ninguna exigencia de hacer justicia. En vez de esto, esos falsos dioses que eran frecuentemente dioses de la fertilidad, exigían solamente ritos y sacrificios como precio que el pueblo tenía que pagar para garantizar que sus tierras y sus mujeres fueran fértiles, a fin de asegurarse una buena cosecha y muchos hijos.

2. Más allá de esto, los ritos de fertilidad exigidos por los falsos dioses incluían prostitución pública, como forma de culto bajo los árboles o en lugares elevados, esto es, en altas plataformas para que todos pudiesen ver. Los profetas consideraban inmoral esa exigencia, no porque fuesen “puritanos” en materia sexual, sino porque tal comportamiento era injusto. El sexto mandamiento del Dios verdadero, prohíbe tener relaciones con la mujer de otro hombre, porque esto es una injusticia contra ese hombre.

3. Otra cosa que esos falsos dioses exigían del pueblo, principalmente cuando estaban enfadados y necesitaban ser aplacados, era que el pueblo sacrificase lo que para ellos era lo más precioso y valioso que cualquier otra cosa, o sea sus propios hijos. De ahí la práctica del sacrificio humano que los profetas rechazaban como injusta y destructora de toda justicia. Eso, una vez más, contrariaba la exigencia del Dios verdadero: “no matarás”.

La idolatría, pues, lleva a la injusticia. De hecho, la idolatría ya era, por sí misma, una forma de injusticia, porque era una expresión cultural de las actitudes y del comportamiento injusto del pueblo. Los ídolos eran falsos dioses porque eran dioses de la injusticia, inventados y adorados por personas que eran injustas.

El Dios del Antiguo Testamento es un Dios de justicia. El hace justicia y quiere ver la justicia hecha. Corrige lo que está errado y quiere que su pueblo corrija lo que está errado en todos los aspectos de su vida. En el Antiguo Testamento, justicia no es una idea secular o puramente política; es un concepto enteramente religioso. En realidad, el único pueblo que luchaba conscientemente por la justicia era el pueblo que adoraba al verdadero Dios. Podemos incluso llegar a afirmar que en el Antiguo Testamento, DIOS ES JUSTICIA.

Los profetas tenían una aguda conciencia de esto. Es por lo que no sólo condenan el culto a los falsos dioses; también condenan la adoración ritual del Dios verdadero CUANDO ESTÁ DIVORCIADA DE LA PRÁCTICA DE LA JUSTICIA. Por ejemplo, en Isaías 1, 11-17; 58, 1-12; Am 5, 21-24; Jer 6, 19-20 y en muchos otros pasajes, los profetas nos advierten que Dios halla detestables y repulsivas todas las prácticas religiosas, como sacrificios, oraciones, incienso, ayunos y días festivos, cuando no son acompañadas por la práctica de la justicia.

Los profetas estaban preparados para ir incluso más allá. En Jeremías, por ejemplo, Dios y justicia están de tal forma interrelacionados, que practicar justicia ES conocer a Dios, y conocer a Dios ES practicar la justicia (Jer 22,16). La palabra “conocer”, aquí, (YADA en hebreo) significa “experiencia”. Jeremías quiere decir, pues, que la experiencia de luchar por la justicia ES la experiencia de Dios.

Todos nosotros ya encontramos esa idea antes con referencia al amor, en la primera Carta de Juan, cuando dice: El amor es de Dios, y todo aquel que ama, nació de Dios y conoce a Dios (tiene la experiencia de Dios). Aquel que no ama, no conoció a Dios (no tuvo la experiencia de Dios), porque “Dios es Amor” (I Jn 4, 7-8). Pocos, sin embargo, perciben que, en otro lugar de la misma carta, Juan dice lo mismo respecto de la justicia. Naturalmente esto es, una vez más, cuestión de palabras. En las traducciones se usa la palabra “recto” en vez de “justo”. Veamos el texto de San Juan: “Ustedes saben que Dios es el justo”; reconozcan entonces que quien obra la justicia, ese “ha nacido de Dios” (I Jn 2, 29). Esto es exactamente lo que Jeremías dice.

Todo esto tiene consecuencias de largo alcance para nuestra fe y nuestra vida espiritual. Significa: si DECIMOS que creemos en Dios, pero en nuestra vida cotidiana no practicamos la justicia, no tenemos, de verdad ninguna experiencia verdadera de Dios, o mejor: no tenemos una experiencia real del verdadero Dios. Y eso hace surgir la pregunta: ¿a quién rezamos en nuestras oraciones? ¿A un falso Dios? ¿A un Dios imaginario? ¿A un ídolo, un espejo de nuestros propios intereses y preocupaciones egoístas? Y si así fuera, ¿no seremos en la práctica, sino en teoría, idólatras o ateos?

Otra consecuencia de esto es que nuestra experiencia de Dios depende totalmente de nuestra práctica y de nuestro comportamiento. Sabremos y comprenderemos lo que Dios es, sólo en la medida en que vivamos como él vive, sintamos lo que él siente, practiquemos la justicia como él lo hace o por lo menos nos esforzamos por conseguirlo. Descubrir la verdad con respecto a Dios es pues un proceso gradual de llegar a vivir esa verdad. A menos que practiquemos la verdad, jamás llegaremos a entender la verdad. La unión con Dios en la oración y en nuestra vida diaria es simplemente imposible sin una preocupación apasionada por la justicia y sin la práctica diaria de tratar, siempre que podamos, de corregir lo que está errado.

¿Qué clase de Justicia?

Si la justicia es tan importante en la Biblia, entonces, aún antes de comenzar a reflexionar sobre el significado del amor en el Nuevo Testamento, debemos preguntarnos que clase (tipo) de justicia nos exige Dios.

Ya vimos que la justicia de Dios es un concepto amplio que abarca todos sus mandamientos, inclusive los mandamientos sobre el adulterio y la idolatría. Pero, tal vez, lo que necesitamos que nos muestren es que en el Antiguo Testamento, especialmente en los profetas, la justicia incluye lo que llamaríamos JUSTICIA ECONÓMICA.

Se puede notar que en la Biblia, las personas a quienes se debe hacer justicia son generalmente descritas como los pobres y los necesitados, o las viudas y los huérfanos. Ellos eran el pueblo que sufría de carencias económicas. Eran el pueblo abandonado, aún explotado por el hombre injusto y auxiliado y salvado por el hombre justo. Hoy en día, muchas veces denominamos el auxilio al pobre o al necesitado “obras de misericordia”. En el Antiguo Testamento eso era considerado como “obras de justicia”.

El ideal de justicia económica en el Antiguo Testamento era un ideal de igualdad económica. La tierra y los recursos económicos en Israel pertenecían a Dios y se entendía que todo eso debía ser igualmente compartido por las tribus y familias de Israel. Era un mandamiento de Dios (véase por ej.: Núm 33, 50-54; Jos 13, 21). Pero a medida que el tiempo pasaba, surgía cada vez más la desigualdad. Esto porque, cuando la cosecha de una familia se perdía, era forzada a vender alguna tierra a otra familia. Como siempre, eso llevaba a más deudas y a más ventas de tierra, en tanto que el rico se volvía más rico y el pobre más pobre, hasta que el pobre era forzado a vender toda su tierra, y aún así quizás no era capaz de saldar sus deudas. Y por fin, como última solución, se veía forzado a pagar sus deudas vendiéndose a sí mismo como esclavo al hombre rico.

Para los judíos, ese desequilibrio era una injusticia que Dios no podía tolerar, porque Dios amaba a todo su pueblo y se preocupaba por él. Y así recibieron el mandamiento del Dios de justicia, según el cual la igualdad debía ser restaurada por medio de un Año Jubilar (Lc 25). Cada año Jubilar (quiere decir, cada cincuenta años) el pueblo de Israel debía emancipar a sus esclavos, cancelar todas las deudas de los pobres y devolver toda la tierra a las familias que las poseían inicialmente. Como lo expresa el comentario de San Jerónimo, “esto equivalía a un proyecto social basado en los conceptos, profundamente religiosos, de justicia e igualdad... Su espíritu de respeto por los derechos de la persona y por la dignidad humana sintetiza buena parte de las enseñanzas del Antiguo Testamento”.

2. La justicia y la espiritualidad del amor y del Nuevo Testamento

Si “JUSTICIA” resumen el Antiguo Testamento, entonces “AMOR” sintetiza el Nuevo Testamento. Esto, con todo, no significa que el Nuevo Testamento no tenga nada que decir en relación a la justicia. En cierto sentido, todo el Nuevo Testamento versa,

también, sobre la justicia. No estoy tratando de decir ahora que todo él no trata del amor; estoy intentando decir que, en el Nuevo Testamento, justicia y amor están íntimamente ligado entre sí.

Es verdad que la palabra “justicia” no es usada con mucha frecuencia en el Nuevo Testamento (aunque debamos recordar que la palabra “rectitud” significa justicia). Pero la palabra “amor” tampoco es usada con mucha frecuencia, excepto en el Evangelio de Juan. No es esta, entonces, la cuestión. Aunque los términos “justicia” y “amor” no sean usados con frecuencia, todo el conjunto del Nuevo Testamento trata sobre la justicia y el amor. Déjenme explicar.

Sermón de la Montaña

En el Sermón de la Montaña, Jesús expone su mensaje como algo que VA MÁS ALLÁ de la justicia de los escribas y fariseos. Dice que él no vino para revocar la ley (esto es, la exigencia de justicia por parte de Dios), sino para completarla. Y después explica: “Si vuestra justicia no supera la de los escribas y de los fariseos, no entrarán en el Reino de los Cielos” (Mt 5, 17-20). Aquí está proponiendo una espiritualidad más profunda. Jesús, entonces, pasa a tomar ejemplos extraídos de los mandamientos de la Ley del Antiguo Testamento para profundizarlos, ir más allá de ellos y realizarlos. Toma el mandamiento “no matar” y lo profundiza, acentuando que no es sólo el acto exterior del asesinato que debe ser evitado, sino incluso el acto interior de odiar al hermano y maldecirlo. A esto podemos llamarlo “asesinato de corazón”. Igualmente, no es sólo el acto exterior del adulterio lo que debe ser evitado por el hombre justo, sino también el acto interior de desear a la mujer del prójimo. Es lo que podemos llamar “adulterio de corazón”.

¿Qué es lo que Jesús está haciendo? Está tratando de INTERIORIZAR los mandamientos del Antiguo Testamento, está tratando de interiorizar la justicia. O en otras palabras, está preocupado con la MOTIVACIÓN INTERIOR que lleva a las personas a practicar la justicia y observar los mandamientos. ¿Cuál es tu motivo para no matar a tu hermano o a tu hermana? ¿Es porque temes el castigo de Dios y de los tribunales, o porque tú quieres amar a tu prójimo y ser justo con él o ella? ¿Y por qué evitas tú el acto exterior del adulterio? ¿Por qué tienes miedo de ser atrapado in fraganti o por qué tú no quieres, sinceramente, perjudicar a tu prójimo? Aquello que Jesús pide es el tipo de justicia que brota espontáneamente del CORAZÓN. Para Jesús, el hombre verdaderamente justo es aquel que no sólo hace lo que es justo y cierto, sino alguien que lo hace porque está fuertemente motivado por una PASIÓN por la justicia.

Compasión

Los evangelios no usan términos tales como “justicia del corazón” o “pasión por la justicia”. Los evangelios hablan de compasión y amor. Nos dicen repetidamente que a Jesús estaba movido por la compasión (por ej.: Mt 14, 14; 20, 34; Mc 1, 41; 6, 34; 8, 2).

A través de todos los Evangelios, aún cuando el término no es usado, se puede percibir el impulso de compasión en Jesús. Gran parte de su enseñanza versa también sobre la compasión; por ej. las parábolas del buen samaritano (Lc 10, 33-37) y del hijo pródigo (Lc 15, 20-31). De varias maneras, lo que hace que el mismo Jesús y su mensaje fuesen diferentes, fue su excepcional compasión por el pobre y por el oprimido.

La compasión es la interiorización de la justicia; es la fuerza impulsadora que nos empuja a hacer justicia espontáneamente y de buena voluntad. Sentir simplemente pena de alguien o piedad sentimental y pasiva no es compasión evangélica. La compasión lleva a la acción. La compasión lleva a la práctica intrépida de la justicia, a enderezar aquello que, en nuestro mundo, está errado.

Además, en el Nuevo Testamento, el criterio para distinguir lo que es justo de lo que es injusto no es sólo la Ley Mosaica; el criterio ahora es una preocupación espontánea de un corazón movido por la compasión. Esta afirmación profundiza y corrige ciertos conceptos superficiales sobre lo que es cierto o lo que es erróneo.

Para percibir cómo esto hace las cosas diferentes, necesitamos considerar otros ejemplos del modo como Jesús profundiza o corrige ideas de justicia que eran comunes en su tiempo. Tales ejemplos podrían incluso servir de temas para nuestra meditación. Podríamos comparar nuestros sentimientos con respecto a la justicia con los sentimientos de Dios sobre la justicia.

En la parábola de los trabajadores de la viña, el mismo salario es pagado a todos, no obstante la gran diferencia entre las horas de trabajo de cada uno, PARECE una injusticia. Jesús dice que no. Este es un ejemplo de justicia verdadera, porque la justicia no es comparativa. El dueño de la viña ve que las NECESIDADES de todos los hombres son las mismas, son iguales. Y, por tanto, da a cada uno de acuerdo con la necesidad de cada cual. Esta es la justicia del corazón.

En la parábola del hijo pródigo, la justicia PARECE exigir que el hijo pródigo sea castigado. Es el tipo de justicia exigido por el hijo mayor. Pero el padre tiene compasión por el hijo pródigo y reconoce la NECESIDAD que el hijo tiene de ser aceptado y perdonado. La justicia verdadera, en este caso, exige que el hijo sea perdonado, no castigado. No hay diferencia entre la justicia de Dios y el perdón de Dios. La justicia del corazón lleva al perdón.

Los fariseos consideraban como justicia el acumulo de riqueza por parte de los hombres que las conquistaron honestamente. Pero en la parábola del hombre rico y del mendigo Lázaro, el rico es señalado como hombre injusto simplemente porque acumulaba riquezas cuando había pobres a su alrededor. Injusticia aquí es negarse a reconocer la NECESIDAD del mendigo y no compartir con él. El hombre rico es condenado por la injusticia de no repartir su fortuna. Él no tuvo compasión.

Un último ejemplo. La idea de “ojo por ojo y diente por diente”, era el concepto primitivo y burdo de la justicia en el desierto. Injusticia, aquí sería arrancar dos ojos por uno. Jesús, naturalmente, contradice esto. Para Dios, justicia es no-venganza. Dos errores

no hacen un acierto. Justicia significa volver cierto lo que está errado, y esto no se consigue con una venganza proporcionada.

Muchos otros ejemplos podrían ser citados. Estos, sin embargo, serán suficientes para mostrar que Jesús fue más allá de la justicia de los escribas y fariseos para llegar a una justicia mucho más profunda y mucho más exigente, motivada por la compasión hacia cualquier persona que necesite algo.

Amor

Todo esto tiene consecuencias de gran alcance para nuestra comprensión de lo que Jesús entiende por amor. Compasión es un aspecto del amor. Es amor por los que sufren y por los que les falta algo. Debemos también amar a los que no sufren necesidad, pero la manera decisiva de probar que nuestro amor es genuino, es corresponder al sufrimiento y a la necesidad con la compasión y la práctica de la justicia. La cualidad de nuestra respuesta al pobre y al necesitado en el mundo hoy será una excelente indicación de la cualidad y de la profundidad de nuestro amor, de nuestra vida espiritual y de nuestra unión con Dios.

Amor y justicia no pueden estar separados y opuestos el uno al otro. El amor compasivo es el corazón de la justicia, nuestro motivo para practicar la justicia. Y justicia es la práctica del amor en las circunstancias de un mundo en que billones de personas están sufriendo por causa de la injusticia.

Hay muchos malentendidos sobre las exigencias de una verdadera vida según el Espíritu, a causa de la tendencia a separar el amor de la justicia. Esto sucede de dos formas.

Primero, el amor está divorciado de la justicia cuando el amor al prójimo es considerado como hacer un FAVOR al prójimo en vez de hacerle JUSTICIA. Vemos esto todos los días, cuando alguien ayuda a un pobre o un necesitado de una forma condescendiente y paternalista, como si no mereciese o no tuviera derecho a eso. Es por lo que muchos pobres, hoy, rechazan nuestra caridad como un insulto a su dignidad humana. “No me den caridad”, dicen ellos, “denme mis derechos”.

¿Dónde está el error aquí? Parece que muchos de nosotros nos olvidamos de que el amor es un MANDAMIENTO, el mayor de los mandamientos de la Ley de Dios. Amor no es un favor, un “extra” opcional. Amor es cuestión de justicia. Dios nos ORDENA amar al prójimo. Por lo tanto, mi prójimo tiene ahora derecho a mi amor. Él lo merece, porque es otro ser humano como yo –hecho a imagen y semejanza de Dios–.

En segundo lugar, se divorcia el amor de la justicia siempre que el amor es considerado en términos puramente individualistas. Algunas personas piensan que el amor se refiere a las relaciones personales y la justicia a las relaciones sociales. En el Nuevo Testamento no existe ninguna distinción de este tipo entre el amor y justicia. Amor y justicia deben ser ambos aplicados a todas nuestras relaciones. En realidad, la Biblia no hace ninguna distinción entre relaciones personales y relaciones sociales,

entre individuo y sociedad, entre vida privada y vida social, o entre nuestra vida espiritual y nuestra vida social. La Biblia se refiere a toda la persona, cuerpo y alma, individual y social.

Cuando pensamos en el amor, pensamos en una relación entre una persona y otra. No era eso, sin embargo, lo que Jesús tenía en mente. La palabra usada en el Nuevo Testamento para significar amor es 'ÁGAPE. Y ÁGAPE significa el sentimiento de estar juntos de comunión, de solidaridad, o de unión dentro de una comunidad de personas; en otras palabras, ÁGAPE no es sólo una relación de individuo a individuo, es toda la compleja relación entre muchas personas. Cuando Jesús formuló su mandamiento de amor, estaba proponiendo un mundo totalmente nuevo, en el cual las personas, grupos y naciones estuvieran interrelacionados, con mutuo respeto y preocupación unos por los otros. Ese es el mandamiento de Dios, la justicia de Dios, la justicia del corazón. Amor en el Nuevo Testamento es simplemente el cumplimiento y la profundización del concepto supremo de justicia en el Antiguo Testamento. La espiritualidad bíblica no es, en absoluto, una espiritualidad privada e individualista.

4. Espiritualidad del Reino

Jesús estaba repleto del Espíritu Santo. Mas que nadie, él nos revela lo que es vivir enteramente en el Espíritu, llevar una verdadera vida espiritual. Jesús era más que un profeta porque mientras que los profetas estaban parcialmente movidos por el Espíritu, Jesús se identificaba totalmente, en su propio ser, con el Espíritu de Dios. Esto quiere decir que los SENTIMIENTOS de Jesús eran siempre exactamente iguales a los sentimientos de Dios; todas las preocupaciones de Jesús, sus actitudes, luchas y valores eran un reflejo perfecto de las preocupaciones, actitudes, luchas y valores de Dios. Por eso decimos que Jesús es divino, que es el Hijo de Dios.

Si queremos participar de los sentimientos de Dios con respecto de cualquier cosa, podemos mirar hacia Jesús y ver lo que siente respecto de tales cosas, y confrontar nuestros sentimientos, preocupaciones o valores con los de Jesús. He aquí el porqué todos los escritores espirituales dicen que la vida espiritual es una simple cuestión de IMITAR A JESÚS, (SEGUIR A JESÚS).

Ya vimos la compasión, el amor de Jesús y la forma como profundizó el sentido de justicia. Podríamos continuar, y reflexionar sobre su ira e indignación, su manera de criticar y enfrentar a los fariseos y los ricos, su actitud en relación a la política, al sufrimiento y a la muerte, las curaciones que realizó, y así sucesivamente. Esto, sin embargo, nos llevaría mucho más allá de los límites de este pequeño libro. Con todo, hay dos cuestiones sobre Jesús que debemos examinar con mucho cuidado, si queremos entender algo respecto de lo que significa espiritualidad bíblica. Son estas: el mensaje profético de Jesús (la Buena Nueva del Reino) y sus valores. Vamos a analizar la primera en este capítulo y la otra en el capítulo siguiente.

1. La Buena Nueva del Reino

El mensaje de Jesús tenía la misma estructura triple del mensaje de todos los profetas. Hacía una llamada al cambio o METANOIA, prevenía al pueblo sobre el JUICIO de Dios sino cambiaban y prometía la SALVACIÓN de Dios si cambiaban. La diferencia estaba en que Jesús daba más énfasis a la salvación que al juicio (y es por eso que su mensaje es llamado Evangelio de la Buena Nueva). Y, más importante que esto, mientras que los profetas hablaban sobre la salvación parcial o temporal, Jesús hablaba de la salvación TOTAL y ETERNA. El símbolo que Jesús usó para hablar de esa salvación total y perenne fue el Reino de Dios.

Hoy día los estudiosos de la Biblia, casi sin excepción, concuerdan en que el tema central de la predicación de Jesús era el Reino de Dios. Directa o indirectamente siempre estaba hablando sobre el Reino, y los propios evangelistas resumen toda la predicación de Jesús en estas palabras: “Conviértanse”. “El Reino de Dios está próximo”. La esencia del mensaje de Jesús era la proximidad del Reino de Dios. Para él, el Reino estaba realmente muy próximo y era muy querido. Él juzgaba todo en base a la venida del Reino; lo pregonaba, luchaba por él, rezaba por él, lo esperaba, vivió

por él y murió por él. Y finalmente resucitó de entre los muertos para que el Reino de Dios pudiese venir.

Por contra, hoy para muchos de los cristianos, para nosotros, la venida del Reino de Dios es algo muy distante y remoto, algo totalmente irrelevante con relación a aquello por lo que vivimos, rezamos, luchamos y tal vez morimos. Tendemos a pensar en el Reino como algo que pertenece a un futuro lejanísimo y de hecho lo usamos como sinónimo de ese futuro: decimos que algo se va a prolongar o atrasar “hasta que venga el Reino”.

Esta es la medida de nuestro alejamiento de los sentimientos, actitudes, luchas y preocupaciones de Jesucristo. Ninguna de las tentativas de profundizar nuestra vida espiritual o de imitar a Jesús podrá ser completa y eficaz sin algún entendimiento de aquello que significaba para él el Reino de Dios.

¿Qué es el Reino de Dios?

La esencia del mensaje de Jesús no es sólo amor, compasión y justicia. Jesús no nos presentó simplemente una nueva moral o un nuevo código de conducta. Jesús profetizó la venida de un reino en el que el amor, la justicia, la compasión y todos los valores de Dios serían concreta y totalmente realizados. Profetizó un mundo en el que Dios sería el Supremo Señor. Nuestras tentativas de amar, sentir compasión y justicia tienen sentido en referencia a ese Reino prometido.

El Reino no es pues simplemente la Iglesia, ni tampoco es simplemente el cielo. La Iglesia es la comunidad de creyentes peregrinos, que viven, luchan y esperan la venida del Reino. Pero la Iglesia, en sí, no es el Reino. Y el cielo es una forma de describir la felicidad de las almas que esperan por la venida del Reino y por la resurrección de sus cuerpos.

El mismo Reino es un ACONTECIMIENTO FUTURO. Algo que Dios nos promete. Algo por lo cual aún estamos esperando y luchando. Es la transformación futura de este mundo en otro mundo, un nuevo mundo, el mundo que viene.

Es difícil imaginar cómo será ese mundo futuro. “Los ojos no vieron, los oídos no oyeron, ni entró en el corazón (imaginación) del hombre...” como dice San Pablo. El Reino será CUALITATIVAMENTE diferente del mundo, tal como lo experimentamos ahora, y por eso muchas veces concebimos al Reino como un mundo de cuento de hadas, muy lejano y remoto, sin relación con nuestras preocupaciones y sentimientos cotidianos.

De hecho, sin embargo, el Reino es el DESTINO de la raza humana. Fue para él que Dios nos hizo, y es lo que hace la vida digna de ser vivida. Es el acontecimiento futuro que puede dar sentido y propósito a todos nuestros esfuerzos.

El Reino es el retrato, la imagen, el símbolo, propuesto por Jesús, de la salvación en que creemos. Se refiere al gran acto salvífico de Dios. Todos los actos salvíficos de

Dios, en el pasado y en el presente, señalan el gran acto final de liberación que Dios nos prometió. Hay, naturalmente, otros símbolos de ese gran acto final de liberación: la nueva era, el otro mundo, la vida eterna, la segunda venida, el último día, el juicio final y la resurrección de los muertos; pero Jesús prefirió hablar del Reino de Dios.

Teniendo la experiencia de que el Reino está próximo

La conversión por la que todos debemos pasar, si quisiéramos profundizar nuestra vida espiritual, es una conversión, un volverse en dirección al Reino de Dios. El Reino debe volverse la más importante realidad de nuestra vida, debe volverse el acontecimiento o futuro que nos determina y que define el sentido total de nuestra existencia aquí y ahora. Si pudiéramos aprender a unir con el Reino cada cosa que hacemos o decimos, y si intentáramos comprender todo lo que acontece en el mundo en términos del Reino, entonces nuestra vida sería transformada y la cualidad de todo lo que hacemos cambiaría. Es lo que los autores espirituales quieren decir cuando afirman que deberíamos vivir "SUB SPECIE AETERNITATIS" (bajo cierta forma de eternidad).

Pero, ¿cómo haremos esto? Leyendo los signos de los tiempos, aprendiendo a criticar al mundo en que vivimos, llegando a tener la experiencia de que este mundo actual es IRREAL, INHUMANO, SIN AMOR y totalmente FALSO. El Reino es lo opuesto de todo lo que está errado y es falso en nuestro mundo. En tanto no seamos perfectamente conscientes de cuán errado está el mundo y de qué es exactamente lo que está errado en él, nunca valoraremos realmente la necesidad urgente del Reino de Dios, Reino de Justicia y Paz.

Además de eso, cuando en espíritu de oración, intentamos leer los signos de los tiempos, comenzamos también a descubrir las SEMILLAS del Reino de Dios tal y como se manifiestan en medio de toda la podredumbre. El Reino es básicamente un acontecimiento futuro, pero podemos encontrar en nosotros mismos y en el mundo de hoy, algunas semillas del Reino, algunas señales del Reino, algunas realizaciones parciales del Reino. El Espíritu de Dios está actuando en medio de toda la falsedad y la crueldad. Encontraremos valores del Reino vividos por algunas personas, y encontraremos el Reino dentro del corazón de los que realmente creen en él y esperan en él.

El Reino puede, gradualmente, volverse en una realidad para nosotros, una realidad que domina nuestras vidas y preocupaciones, como sucedió con Jesús.

El Reino y la Salvación Social

El Reino es una imagen social, se refiere a una sociedad salvada y libre, la futura comunidad de Dios, la comunión con los santos. Al escoger una imagen social como el Reino para describir la salvación, Jesús aclara que él no concibe la salvación como una forma individualista y aislada de felicidad, sino como una nueva sociedad salvada. Ser salvado es formar parte de una comunidad. O, en otras palabras, lo que necesita ser salvado no son meramente las almas individuales, sino todo el mundo: cuerpo y alma,

individuo y sociedad, seres humanos y todas las cosas creadas. Volveremos más adelante sobre este asunto.

Una espiritualidad individualista ve el acontecimiento futuro como la salvación de mi alma individual, en el cielo, después de mi muerte. La espiritualidad del Reino ve el acontecimiento futuro como la salvación del mundo en el último día, después de la muerte de este mundo con toda su perversidad. La espiritualidad individualista se basa en una preocupación egoísta por la propia salvación. La espiritualidad del Reino se basa en la preocupación por la salvación de todo el mundo.

2. La Salvación vista como Liberación

Cada época tiene su propia forma de expresión, y su concepto propio de aquello que el pueblo necesitaba por encima de todo y por lo que debería estar luchando. En la época del Nuevo Testamento, muchos pueblos, especialmente los gentiles, estaban en búsqueda de algo que ellos llamaban SALVACIÓN (por ej.: las religiones basadas en el misterio); en la Edad Media, se describía la meta final de los seres humanos como la FELICIDAD (bienaventuranza); en otros tiempos, la necesidad máxima fue designada de varios modos: REDENCIÓN, PERDÓN, SABIDURÍA, PROGRESO, JUSTICIA, DESARROLLO, etc. Hoy, para un número cada vez mayor de personas, el ideal y el destino de la raza humana es concebido como INDEPENDENCIA o LIBERACIÓN.

Liberación es un término que ya fue usado en la antigüedad. Buda propone sus ideas religiosas como medio de liberación. Y en varios lugares de la Biblia podemos encontrar referencia a independencia, libertad y liberación, como algo que Dios da a su pueblo. Hoy, algunos pueblos todavía luchan por la salvación, la redención, el desarrollo, etc., pero en cada era o cultura hay generalmente un término predominante para expresar el ideal humano; y hoy ese término es liberación.

En el área política, tenemos movimientos de liberación y ejércitos de liberación. En el campo económico tenemos la lucha de los obreros por la liberación. En el campo de la psicología, del condicionamiento social y del crecimiento personal nos esforzamos por volvernos personas liberadas. Algunos luchan para liberarse de sentimientos de inferioridad (concientización del negro), otros por la liberación sexual. Y por último, pero de no menor importancia, viene la liberación de la mujer, la necesidad que sienten las mujeres de liberarse de la dominación masculina.

No hay ninguna razón para que no describamos la salvación que Jesús nos trae como liberación. En realidad, para la mayoría de las personas hoy tiene mucho más sentido llamarla liberación, que salvación o redención. Pero, si optamos por decir que Jesús es nuestro liberador, aquel que trae una liberación verdadera y genuina, entonces tenemos que explicar cómo es que esa verdadera liberación está relacionada con la liberación política, económica, racial, personal y de la mujer. ¿Es la liberación, simbolizada por el Reino de Dios, totalmente diferente de todas esas otras formas de liberación o está, de cierta forma, íntimamente relacionada con ellas?

La respuesta es que el Reino de Dios o la liberación divina es trascendente, lo que la hace diferente, en dos sentidos, de todas las otras formas de liberación:

a) La liberación trascendente es TOTAL, mientras que son parciales todas las otras formas de liberación;

b) La liberación trascendente es considerada como una gracia o un don de Dios y no simplemente como una realización humana.

a) **LIBERACIÓN TOTAL**

En Jesús, Dios nos ofrece una liberación total, la liberación de toda la persona, la liberación de todo y de cualquier cosa que nos esclavice. Si esto es cierto, la liberación divina INCLUYE la liberación política, la liberación del negro y de la mujer, la liberación psicológica y cualquier otra forma de liberación que se pueda imaginar. En otras palabras, la liberación divina no es otra forma de liberación, paralela a todas esas formas; la liberación divina son TODAS esas formas de liberación juntas además de cualquier otra que pueda surgir en el futuro o cualquier otra de la cual todavía no tengamos conciencia. El ideal del Reino de Dios es el ideal de una liberación completa, total y perenne, una liberación que incluye y, por lo tanto, trasciende a todas las otras formas de liberación.

Pecado

La razón por la cual la liberación del Reino de Dios es total o trascendente, mientras que las otras formas son parciales e incompletas, es que Jesús va al fondo de la cuestión, él ataca la causa fundamental de todas las formas de dominación, de opresión y de esclavitud. Y la raíz de todas las formas de no-liberación es el PECADO. Todas las formas de sujeción, desde la esclavitud institucionalizada del pasado hasta la dominación política del presente, o cualquier forma posible de opresión en el futuro, no son más que una consecuencia del pecado.

Uno de los más lamentables malentendidos del pasado reciente, una de las razones más significativas por la cual la liberación cristiana ha parecido irrelevante, es que, con excesiva frecuencia, los cristianos hablaban sobre la liberación del pecado pero se olvidaban de la igualmente necesaria liberación de las consecuencias del pecado en el mundo. El resultado fue que, mientras los cristianos hablaban sólo sobre la liberación de pecado, otros tuvieron que organizar movimientos para liberar al pueblo de las consecuencias del pecado, tales como estructuras injustas, opresión política, dominación masculina, pobreza, hambre, etc.

Lo que necesitamos descubrir, para nosotros mismos, es la relación muy íntima entre EL PECADO Y LAS CONSECUENCIAS DEL PECADO. Pecado, decimos nosotros, es una ofensa a Dios. Esto es correcto. Debemos, sin embargo, recordar que nuestros pecados no pueden hacer mal al mismo Dios. Nuestros pecados nos hacen mal a nosotros, al mismo pecador y a otras personas, y esto es lo que ofende a Dios. Un pecado es cualquier acto que perjudica a las personas, a la propia persona que lo

comete y a otros. Este mal, este sufrimiento, que es la consecuencia de cada uno y de todos los pecados (incluido el pecado original de Adán y Eva), puede perdurar por siglos, puede continuar por mucho tiempo después que el pecado fue cometido.

Hay tres cosas muy importantes a observar aquí.

a) El pecado de una persona o de un grupo de personas puede tener consecuencias perjudiciales para muchas otras personas que no son, ellas mismas, culpables del pecado. Así, hay millones de personas en el mundo, hoy, que sufren hambre, pobreza, opresión, etc., por causa de la avaricia, del egoísmo y de la injusticia de otras personas. Millones de personas necesitan ser liberadas, no sólo de sus propios pecados, sino de los pecados de aquellos que las oprimen, o mejor, de las consecuencias de los pecados de otros.

b) Otra cosa importante a observar es que hay dos clases de pecados: pecados de acción y pecados de omisión. Millones de personas en el mundo, hoy sufren no sólo por causa de actos pecaminosos practicados por otros, sino también por causa de los pecados de omisión de aquellos que podrían hacer algo pero que escogen no hacer nada. Los pecados por omisión también tienen consecuencias devastadoramente perjudiciales para el pueblo.

c) Y, finalmente, al evaluar la gravedad de un pecado, necesitamos distinguir entre la proporción de culpa y la proporción del mal causado. Por un lado, un pecado puede ser muy grave en razón del tremendo mal que causa a millones de personas, mientras que el pecador, por falta de conocimiento total o del total consentimiento, sólo es levemente culpable. Mientras que por otra parte, un pecador puede ser totalmente culpable por practicar, consciente y deliberadamente un acto, pero el hecho no es serio o grave, porque el pecado causa muy poco daño a cualquier otra persona. Una de las peores perversiones de la espiritualidad, en los últimos siglos, consiste en haberse concentrado casi exclusivamente en el grado de culpa individual envuelta en el pecado, y haber ignorado la mayor o menor gravedad del mal causado al pueblo. Algunos cristianos se vuelven verdaderamente neuróticos sobre su culpa en relación a actos que no tienen consecuencia alguna, mientras que no se preocupan por su participación en cualquier otra cosa que causa un perjuicio incalculable a millones de personas. Hay algo aquí que está decididamente fuera de perspectiva. Una vida espiritual saludable debe abarcar no sólo una preocupación por la culpa del pecado, sino también por las consecuencias del pecado.

Liberación Total en la Biblia

A través de toda la Biblia, Dios es presentado liberando su pueblo del pecado y de las consecuencias del pecado. De hecho el primer gran acto de liberación de Dios fue liberar a los hebreos de la opresión y de la esclavitud en Egipto. En este caso, el pueblo judío está siendo liberado no de sus propios pecados, sino de los pecados de los egipcios que los estaban oprimiendo y explotando. Más tarde, leemos que Dios los

libera de la opresión de los cananeos, de los filisteos, de los babilonios y de otros grandes poderes imperiales.

Jesús trae el perdón o liberación del pecado y de la culpa, pero él se preocupa también en liberar a los “pecadores” de las cargas que les son impuestas por los pecados de hipocresía de los fariseos. Hay también una preocupación en liberar al pobre de los pecados del rico y en liberar a los cuerpos dolientes de las molestias y otros defectos que los afligen. Estos últimos podrían ser considerados como consecuencia del pecado original, aunque fuera preciso tomar en cuenta, también, los pecados sociales de la sociedad, pero la Biblia no hace distinción entre pecado original, pecado social y pecado individual. Cualquier pecado es visto como un todo, y todo sufrimiento es considerado, de una forma o de otra como consecuencia del pecado.

La liberación que viene con el Reino incluye la resurrección del cuerpo. Un cuerpo resucitado y glorificado es un cuerpo que fue liberado de todas las consecuencias del pecado desde Adán.

En San Pablo encontramos no solamente el perdón del pecado, sino también la liberación de la Ley de la muerte. La Ley, o mejor, el legalismo es considerado como una consecuencia del pecado, y la muerte es el último de nuestros enemigos, el fruto del pecado. Más aún, según San Pablo, “...nosotros gemimos interiormente, suspirando por la redención de nuestro cuerpo” (Rom 8, 23). Y finalmente la liberación se vuelve cósmica cuando Pablo habla de todo el mundo material que gime, en la ansiosa expectativa y esperanza de verse libre de su esclavitud (Rom 8, 12-23). La liberación del mundo material está considerada aquí como dependiente de la completa realización de la liberación humana, porque la esclavitud o no-libertad del cosmos es considerada como una consecuencia del pecado del hombre y de su falta de libertad.

Nada pues, puede ser excluido del deseo de Dios de salvar y liberar. Todas las cosas deben ser redimidas, transformadas y liberadas. Todas las relaciones personales, políticas, sociales, económicas y aún incluso nuestras relaciones con las cosas materiales que usamos, explotamos y transformamos en bienes manufacturados, tienen que ser cambiadas y transformadas. No hay ningún límite para la liberación que Dios nos promete en Jesús. El Reino de Dios representa una liberación trascendentalmente total.

b) UN DON DIVINO

Volvamos ahora a la segunda característica de la liberación trascendente, o sea, es un don divino. Y tenemos que enfrentar aquí uno de los más misteriosos de todos los misterios de nuestra fe: la relación entre la acción de Dios y nuestra libertad, entre predestinación y libre albedrío, entre gracia y liberación. Tomás de Aquino nos presenta la paradoja total de ese misterio cuando nos dice que no se trata de algo que es hecho EN PARTE, por Dios y EN PARTE por seres humanos, sino algo que es hecho TOTALMENTE por Dios y TOTALMENTE por seres humanos. La formulación más práctica que encontré de ese misterio fue la de la Santa Teresita de Lisieux: ella decía

que deberíamos actuar como si todo dependiese de nosotros y después creer que todos nuestros éxitos provienen de Dios.

Consecuentemente, cuando decimos que alguna cosa es un don de Dios, no estamos excluyendo el hecho misterioso de que es al mismo tiempo obra de hombres y mujeres, el resultado del esfuerzo humano. Cuando alguien peca, actúa solo, sin Dios, pero si una persona practica el bien, entonces aquella persona y Dios son, juntos, responsables de ese bien.

Ese es el misterio y para nosotros es difícil mantener juntos, en equilibrio, las dos partes (acción de Dios y acción humana). En todas las épocas hubo cristianos que caían en la herejía de dar énfasis a una de las dos partes en detrimento de la otra, o descuidando la otra. Y ahora nosotros no somos ninguna excepción. Con bastante frecuencia sucumbimos a la tentación de ver la acción de Dios mientras ignoramos el esfuerzo humano o de reconocer el esfuerzo humano e ignorar la participación de Dios.

Permítanme que les presente algunos ejemplos concretos y espero relevantes:

a) Cuando hablamos de la salvación divina o de la venida del Reino de Dios, podemos dar tanto énfasis en el hecho de ser esta obra de Dios y de que proviene TOTALMENTE de Dios, que somos guiados a olvidar que la salvación divina es también una realización humana, algo que depende también totalmente del esfuerzo humano. El Reino vendrá por causa de Dios y por causa de los hombres. La salvación viene de Dios y mientras tanto, debemos “realizar nuestra salvación”, o para usar la fórmula de Santa Teresita, debemos actuar como si todo dependiese de nosotros mientras creemos que todo el éxito que obtengamos será un don de Dios. En consecuencia, nunca podemos sentarnos a ESPERAR que Dios nos traiga la salvación, o quedarnos esperando que Dios nos traiga su Reino, o esperar que Dios traiga la liberación total (o aún parcial) de la raza humana. NOSOTROS estamos involucrados, NOSOTROS tenemos que hacer el esfuerzo, NOSOTROS tenemos que encontrar los medios y modos de actuar, y entonces confiar que Dios dará, a su modo, éxito a nuestros esfuerzos. No hay nada tan inútil como quedarse sentado y esperar que Dios haga todo solo.

b) Pero a veces nos ponemos en el otro extremo. Cuando alguien hace un esfuerzo, por imperfecto que sea, y tiene algún éxito aunque sea limitado, nos olvidamos que Dios está involucrado en ese suceso. Cuando las personas luchan por la liberación, aunque sea por una liberación parcial, y cuando consiguen obtener algún nivel de liberación genuina, Dios está involucrado, lo que ellas consiguen es un don de Dios y podemos decir que ese acontecimiento fue realmente un acto SALVÍFICO DE DIOS.

Casi todos los teólogos actuales concordarían en que los actos de salvación o liberación de Dios no suceden sólo en los tiempos bíblicos, ni que los actos salvíficos de Dios pueden ser restringidos a la Iglesia y sus sacramentos. Dios no actúa fuera de los movimientos políticos, de los movimientos de liberación, de los movimientos obreros o cualquier otra clase de movimientos. Dios se sirve de líderes extraños a la Iglesia,

líderes ateos, líderes comunistas o cualquier otro líder que pueda servir a sus propósitos de traer algún nivel de liberación a la humanidad sufriente. Del mismo modo que él usó una vez a los babilonios para castigar a los judíos y después a Ciro, a los Persas, para salvarlos, así hoy está usando los esfuerzos del pueblo para realizar una cierta medida de liberación. Dios no puede esperar que los cristianos se sacudan. El Espíritu Santo sopla donde quiere. Y Dios, como dice San Agustín, puede hasta escribir derecho con líneas torcidas.

Reconocer que los acontecimientos históricos humanos son actos salvíficos de Dios o dones de Dios, es reconocer en ellos el elemento de trascendencia. Van sobrepasando las formas usuales de esclavitud y dependencia, van sobrepasando las limitaciones usuales de la actividad humana y están abriendo nuevas perspectivas para el futuro. Toda libertad genuina es trascendente y viene de Dios, aunque todavía sólo sea una realización parcial del Reino.

La trascendencia es difícil de entender. Es parte del misterio de Dios. Digamos solamente que cuanto más experiencia de libertad tengamos, tanto más comprenderemos y experimentaremos la trascendencia, y cuanto más experiencia tengamos de trascendencia, más comprenderemos y tendremos experiencia de Dios.

Resumiendo

La espiritualidad bíblica es la espiritualidad del Reino. Ser movido y motivado por el Espíritu de Jesús es ser movido y motivado por una preocupación totalmente polarizada por la venida del Reino de Dios. Cuando dejamos que el Espíritu de Dios actúe en nosotros, adquirimos una visión crítica del mundo en que vivimos, pasado y presente, y comenzamos a luchar, a esperar y ansiar por el mundo futuro de Dios, el mundo de justicia, amor y libertad.

El Espíritu de Dios es un espíritu de libertad. Cualquier forma de espiritualidad que sea opresiva, estrecha y restrictiva no proviene del Espíritu de Dios. Una vida espiritual verdadera es una lucha continua y diaria por la independencia y la liberación.

El mensaje del Evangelio es un mensaje de libertad. Evangelizar el mundo es transmitir a otros ese mensaje de libertad, porque es la salvación nuestra y de ellos. Cualquier otra forma así llamada "espiritualidad" que nos lleve a luchar solamente por nuestra propia libertad, salvación o autorealización, es una perversión del mensaje evangélico. El Espíritu de Dios nos induce a trabajar incesantemente por nuestra propia libertad y por la libertad de otros.

Es el Espíritu de Dios el que nos va a abrir los ojos cuando intentemos leer los signos de los tiempos, para que veamos todo acontecimiento verdaderamente liberador como una señal de la acción de Dios, una realización parcial del Reino, y una gracia o don de Dios.

5. Valores del Evangelio

El gran paso adelante, dado por el Nuevo Testamento con relación al Antiguo, puede ser descrito como el paso del cumplimiento exterior de las leyes hacia la interiorización de valores, del cumplimiento de la letra de la ley hacia la libertad del Espíritu. En algún estadio de nuestra vida espiritual tenemos que dar un paso adelante así en dirección a la libertad.

Jesús nos desafía a ir más allá de todas las leyes, reglas, principios, y aún de los diez mandamientos, a fin de que nos volvamos totalmente responsables de nuestros actos. Jesús nos desafía a volvernos libres y a juzgar por nosotros mismos lo que es cierto y lo que es erróneo. La capacidad de decidir por nosotros mismos cuando es apropiado observar una ley o una regla y cuándo no lo es, requiere de una dosis muy grande de libertad y responsabilidad personal.

Muchos prefieren que les digan qué hacer o sino, prefieren tener leyes y reglas rígidas y así no tener que asumir la responsabilidad de decidir por sí mismos. Ese es un obstáculo muy serio al progreso en la vida espiritual. Sofoca el Espíritu de libertad.

Y es así como el Evangelio nos presenta sus directrices. Nos presenta al mismo Jesús como modelo de la verdadera libertad y aclara los valores por los cuales el vivió. Podemos experimentar la libertad del Espíritu aprendiendo a interiorizar esos valores y a vivir, nosotros mismos, según esos valores.

Básicamente, existe solo un VALOR en el Evangelio. El valor del amor y la compasión-justicia del corazón. Podríamos expresar esto de otra forma, y decir que el único valor del Evangelio son las PERSONAS. Las personas son más importantes que el dinero, el "status", la sabiduría, el poder o cualquier otra cosa del mundo. Para Dios sólo hay un gran valor: las personas. Es por lo que hablamos de amor, compasión, justicia. Esos valores sólo enfatizan la importancia de las personas.

Con todo, para entender las implicaciones prácticas de este grande y único valor, necesitamos SUBDIVIDIRLO en muchos valores diferentes, que se refieren a diferentes áreas de la vida o a diferentes formas de desamor y de injusticia, que necesitan ser superadas. En el Evangelio encontramos cuatro valores predominantes. Son simplemente cuatro maneras de amar o practicar la justicia y corresponden (y son opuestos) a cuatro valores mundanos que predominaban en la sociedad en la que Jesús vivió.

Jesús vivió en una sociedad judaica, pero los valores predominantes en esa sociedad no eran los del Antiguo Testamento, así como los valores de nuestra sociedad no son los del Nuevo Testamento. Los valores de la sociedad de Jesús, como los de la nuestra, eran valores muy mundanos: dinero, poder, "status", egoísmo de grupo. Jesús respondió a cada uno de esos valores mundanos, presentando el valor divino correspondiente. Así, si dividimos el único gran valor que es el amor, en cuatro, es para corresponder a los cuatro valores predominantes del mundo. Vamos ahora a abordar

esos valores uno por uno. Primero vamos a definir el área a la que se refieren, y enseguida el valor mundano y el valor evangélico correspondiente a esa área.

1. Repartición

El área de la vida de la que vamos a tratar ahora abarca todo aquello relacionado con el dinero y con la posesión. Incluye todo lo que hoy se llama “patrón de vida”: el tipo de casa en que nosotros vivimos, el tipo de comida que comemos, la ropa que usamos y todos los otros bienes materiales que utilizamos. También incluye la compra - venta de bienes y la manera cómo esos bienes son producidos, manufacturados y consumidos. El Espíritu de Jesús nos debe motivar en esta amplia área de la vida, tanto como en cualquier otra.

Una gran parte de los dichos y parábolas de los cuatro Evangelios, especialmente el de Lucas, se refieren al dinero y a las posesiones. Esto no se da por casualidad, sino porque el dinero y los bienes tenían gran importancia en el pensamiento de los contemporáneos de Jesús. Los fariseos son descritos como amantes del dinero (Lc 16, 14) y la mayoría de las personas, ricos y pobres, consideraban la posesión de una gran fortuna como una bendición de Dios. En otras palabras, el valor mundano aquí, por el cual las personas estaban luchando, era el de ser RICO, tener un “patrón de vida alto”.

Contra ese valor Jesús adoptó una posición inflexible: no se puede servir a ambos, a Dios y al dinero (Mt 6, 24). Es necesario escoger uno u otro, nadie puede tener ambos. Aquellos que escogen el dinero excluyen a Dios de hecho, aunque piensen que no lo hicieron. Aquellos que escogen el dinero se excluyen a si mismos del Reino. Son como camellos imaginando que pueden atravesar el ojo de una aguja (Mc 10, 25).

Jesús llama “ricos” a aquellos que escogen el dinero en vez de Dios. El no dice: “aquellos ricos que están presos de su dinero”, o “aquellos que se quedaron ricos por explotar a otros”. El simplemente condenó a cualquier persona que es rica, mientras continúa siendo rica. “Ay de aquellos que son ricos” (Lc 6, 24). La única calificación posible para esto que se encuentra en los Evangelios es la calificación implícita en la parábola de Lázaro y el hombre rico (Lc 16, 19-31). El hombre rico fue condenado al infierno por una sola razón: él era rico y permaneció rico, MIENTRAS HABÍA UN MENDIGO EN EL UMBRAL DE SU PUERTA, o sea, mientras otras personas estaban en la miseria y hambrientas.

¿Qué deben hacer entonces los ricos? Deben simplemente dejar de ser ricos. Deben pasar por una conversión fundamental. Dejar el dinero y volverse hacia Dios. Necesitan desligarse de su riqueza y luego probarlo en la práctica, distribuyendo, compartiéndola con los necesitados. Jesús puso esto de forma muy simple y directa. Su consejo para los ricos es simple: “vende tus bienes y comparte el producto con los pobres” (Mt 6, 19-21; Lc 12, 33-34). Ha habido una tendencia de aplicar esto solamente a los religiosos, que hicieron voto de pobreza. Pero en el Evangelio, Jesús aplica esto a todos los que desean ser sus discípulos, a todos los que quieren seguirlo (y, está claro, tienen bienes

para vender). Él dice esto muy explícitamente en Lc 14, 33: “Ninguno de ustedes podrá ser mi discípulo sino se deshace de todos sus bienes”.

En tiempos de Jesús y en los primeros de la Iglesia, esta era una de las más importantes condiciones para hacerse cristiano, era parte del precio que se pagaba para ser discípulo (Lc 14, 28-33). Vemos a Zaqueo deshaciéndose de todo, excepto de aquello de lo que realmente necesitaba (Lc 19, 8). Vemos a los primeros cristianos vendiendo tierras y casas, y compartiendo el producto (Hc 2, 44-46; 4, 34; 5, 11). El valor evangélico aquí es el de REPARTIR. Y el objetivo de esa repartición no es simplemente probar nuestro desapego de las cosas materiales; el objetivo de esa repartición es asegurar que los pobres sean alimentados, que cada uno pueda tener lo que necesita, y que nadie sufra necesidades. En otras palabras, repartir es simplemente el amor, la compasión y la justicia, vividas en el área del dinero y de los bienes. Si permaneciéramos indiferentes a las necesidades del pobre y del necesitado y si rehusáramos a repartir con ellos lo que tenemos, no habremos aún comenzado a amar a nuestro prójimo o a practicar la justicia, y ciertamente no podremos decir que somos compasivos.

Nada en los evangelios ha sido tan claramente debilitado y diluido, como las enseñanzas de Jesús sobre el dinero y la repartición. El valor humano del dinero y el “alto patrón de vida” han oscurecido por completo el valor evangélico de repartir. La mayoría de los cristianos intenta poseer ambos: a Dios y al dinero. Pero, en la práctica, como Jesús dice: ello significa que veneran al dinero o lo que denominan “patrón de vida”, en vez de Dios porque “no se puede servir a dos señores”.

Este es un obstáculo muy serio al progreso en la vida espiritual. Tantísimos de entre nosotros somos esclavos de nuestros bienes, de nuestro confort material, de nuestro “patrón de vida”. Muchas veces estamos dispuestos a sacrificar otras cosas, como tiempo y energía pero nuestro “patrón de vida” es sagrado. Y, mientras tanto, una de las experiencias más liberadoras en la vida espiritual es la experiencia de liberarnos de nuestro sentimiento de posesión, estando realmente desligados de las cosas materiales y repartiendo con los necesitados.

Esto no es sólo cuestión de “caridad para con los mendigos que están en nuestra puerta”. Es una cuestión de política y economía, de explotación capitalista, de estructuras que posibilitan al rico hacerse más rico mientras que el pobre se hace más pobre; es una cuestión de “patrones de vida” totalmente desiguales. La vida del Espíritu se refiere más a la calidad de nuestra vida que al patrón material de nuestro modo de vivir. La solidaridad para con el pobre es el centro de toda la espiritualidad bíblica.

2. La Dignidad Humana

La segunda área de la vida a ser enfocada es la de las RELACIONES SOCIALES. Lo que nos interesa ahora es el modo cómo las personas se relacionan entre sí en la sociedad, la base sobre la cual unas confieren a las otras dignidad, respeto, honra y prestigio, y los valores que determinan esas relaciones.

En la sociedad de Jesús, las personas eran tratadas con diferentes grados de honor y dignidad, o eran tratadas con poco o ningún respeto, de acuerdo con el status o posición ocupada en la sociedad. Lo que las personas más valorizaban, era el status, y el hecho más importante con relación a cualquier otra persona era su posición en la escala social. Ese valor falso y mundano determinaba todas las relaciones sociales: la forma en la que una persona se dirigía a otra, el tono de voz que se debía usar, dónde se debía sentar en los banquetes y en la sinagoga, el tipo de ropa a ser usado, con quién relacionarse y a quién convidar a una comida.

Jesús contestó de modo incisivo ese valor mundano. Criticó en particular a los fariseos por causa del deseo de status. Condenó los símbolos de status, como los tipos especiales de vestimenta (Mt 23, 6), títulos especiales y formas de saludos (Mt 23, 7), pero sobre todo rechazó cualquier uso de prácticas religiosas para que alguien suba de estatus en la sociedad (Mt 6, 1-18).

Jesús incluso consideró necesario corregir a sus propios discípulos frecuentemente, por su búsqueda de "estatus". Estaban siempre preguntando cual de entre ellos era el mayor (Mt 18, 1; Mc 9, 33-34) y competían entre si por los lugares honrosos a su derecha e izquierda (Mc 10, 35-37).

Lo que Jesús exige, entonces, es que abandonemos toda la preocupación por el estatus y el prestigio. Debemos sentirnos satisfechos con el último lugar, con la última grada de la escala social; no porque deseemos especialmente el último lugar, sino porque nuestro lugar en la sociedad no es lo más valioso para nosotros. Jesús demostró esto claramente en su propia vida. Trató a todos con igual respeto y honra. Se mezcló con los parias de la sociedad: mendigos, proscritos, prostitutas y recaudadores de impuestos. Favoreció a los pobres y a todos los que eran despreciados y maltratados por la sociedad (Lc 6, 20-23). Trató a los niños con el mismo respeto que a los adultos, y a las mujeres les dio el mismo trato que a los hombres. Jesús se hizo muy famoso por ignorar el status y la posición que la sociedad confería a las personas (Mc 12, 14), y él mismo perdió completamente el status. La sociedad de su tiempo lo acusó de ser borracho, glotón, pecador y blasfemo (Mt 11, 19; 26, 65) y finalmente lo ejecutaron como a un criminal común.

El valor opuesto a este, el valor evangélico, es la DIGNIDAD HUMANA. Eso significa que una igual dignidad, respeto y honra, deben ser conferidos a TODAS las personas humanas, porque TODAS son hechas a imagen y semejanza de Dios. A los ojos de Dios, somos iguales en status, dignidad y valor. La escala social de toda y cualquier sociedad (incluyendo la Iglesia) debe ser rechazada como mundana, pagana y pecaminosa.

La interiorización de este valor evangélico es muy importante para nuestra vida espiritual.

En primer lugar, esta es la base de toda verdadera humildad. Si tomamos como modelo a la sociedad en la cual vivimos, y basamos nuestra autoestima en nuestro estatus,

posición, clase, raza, nacionalidad, educación, inteligencia o aún incluso virtudes, nuestro respeto propio se vuelve orgullo. Si nos vamos al extremo opuesto y tratamos de no tener ninguna autoestima, somos culpables de una falsa humildad o autodesprecio, lo que no deja de ser un insulto a Dios, que nos hizo a su imagen y semejanza. Mientras que si basáramos la autoestima en nuestra dignidad de seres humanos, conferida por Dios, reconociendo que compartimos esa dignidad con todos los otros seres humanos, tendremos una humildad verdadera y liberadora. Todas las arduas preocupaciones en cuanto a la obtención de dignidad y valor a través de la educación, la promoción, el prestigio y el éxito, son quitados de nuestros hombros. Tenemos la libertad de ser nosotros mismos. De volvernos verdaderos y genuinos.

En segundo lugar, el respeto por la dignidad humana es la base del AMOR y de la JUSTICIA en las relaciones sociales. Amar a todos en nuestra sociedad es tratar a todos con igual respeto. Practicar la justicia es corregir los errores de la discriminación, el preconcepto, el privilegio, y trabajar para que haya verdadera igualdad, verdadera fraternidad en la Iglesia y en la sociedad. Ese es el Espíritu de Jesús que nos impulsa a luchar de todos los modos posibles por la igualdad y la justicia.

Esto es más fácil de decir que de hacer. La desigualdad interfiere no sólo en las estructuras de nuestra sociedad y de nuestra Iglesia, sino también en las propias estructuras de nuestro pensamiento. Mientras no nos podamos liberar de esa preocupación por el status, no estaremos sintonizados con Jesús.

3. Solidaridad Humana

La tercera área de la vida es la que los GRUPOS SOCIALES y nuestra preocupación es el fenómeno de la solidaridad grupal y el egoísmo grupal. La raza humana está dividida en grupos sociales, tales como: naciones, tribus, clanes, familias, culturas, clases, razas, religiones y sectas religiosas. Estas conformaciones sociales nos dan un sentimiento de integración y frecuentemente desarrollamos fuertes sentimientos de lealtad y solidaridad de grupo.

En la sociedad de Jesús, los grupos sociales eran muy importantes. Las personas experimentaban sentimientos tan fuertes de solidaridad para con los otros miembros de su grupo que sería posible decir a alguien de fuera del grupo: “cualquier cosa que hagas al más pequeño de mis compañeros, me lo harás a mí”.

Aquí el problema no es el hecho de que haya grupos sociales ni la solidaridad intergrupal. El problema es el egoísmo de un grupo frente a los otros grupos. Tenemos la tendencia de pensar en el egoísmo sólo en términos individuales, pero en el tiempo de Jesús y en verdad también en el nuestro, el egoísmo de grupo era algo mucho más serio, peligroso y perjudicial. El valor pecaminoso y mundano aquí es el egoísmo y el exclusivismo de la solidaridad de grupo.

Jesús contradice este valor social. Él salió fuera de su propio grupo religioso, social y cultural, para abrazar a toda la raza humana como a sus hermanos y hermanas, como a sus parientes y vecinos. El mandamiento del Antiguo Testamento de amar al prójimo

había sido interpretado siempre en el sentido de vivir en solidaridad con aquellos que están próximos, los miembros de nuestro grupo social (ver Lev 19, 16-18). Esto eventualmente llevó a la frase que no está en la Biblia: “Ama a tu vecino y odia a tu enemigo”. Jesús contradice esto con su bien conocido mandamiento: “Ama a tus enemigos”. Prójimo es cualquier otro ser humano, inclusive los de fuera del grupo, incluso aquellos que son tus enemigos, que te odian, aquellos que te ofenden (Lc 6, 27-35). En otras palabras, el valor para Jesús no es la solidaridad de grupo, sino la SOLIDARIDAD HUMANA.

El hecho de considerar a la solidaridad para con la raza humana como un valor, no significa que ya no valoricemos la lealtad y la solidaridad para con nuestro grupo social. Significa que la solidaridad humana se hace MAS IMPORTANTE para nosotros que cualquier solidaridad de grupo. La única manera de asegurar que ninguna de nuestras lealtades de grupo se vuelva egoísta y pecaminosa es subordinarla al valor más fundamental que es la solidaridad para con la raza humana.

Esto puede ser una experiencia increíblemente liberadora y un descubrimiento muy profundo de nuestra verdadera identidad. Esto me posibilita trascender las limitaciones de los varios grupos sociales que me definen y me clasifican. ¿Quién soy yo? ¿Un cristiano? ¿Un católico? ¿Un Dominicano? ¿Un Padre? ¿Un Sudafricano? No, antes que nada, en primer lugar soy un miembro de la raza humana, hecho a imagen y semejanza de Dios. Mi primera lealtad es para con la familia humana. Todo lo demás es secundario.

Paradójicamente, es esta lealtad básica para con la raza humana la que hace de mi un cristiano, un seguidor de Jesucristo, que se identificó con todos los seres humanos. “Todo lo que hagan con el menor de mis hermanos a mí me lo hacen”. Descubrir a Cristo, a Dios en otro ser humano es trascender todas las otras cosas que yo puedo tener en común con aquella persona y experimentar muy simple y profundamente la humanidad que tenemos en común. Esto es amor cristiano, eso es compasión divina, eso es lo que llevó al buen samaritano a hacer lo que él hizo para con un judío socialmente despreciado. Todos somos hermanos y hermanas, y Dios es nuestro Padre.

4. Servicio

Nuestra cuarta área de interés es la del poder. La mayoría de nosotros tiene un cierto poder y autoridad, algún tipo de responsabilidad para con otra persona. El poder no es sólo un factor en la política y en la sociedad, es también un factor en la Iglesia, en los conventos, en las parroquias, en las familias, en las asociaciones. En casi todos los rincones de la vida encontramos personas luchando por poder, usando y abusando de él, dominando a otras personas y tratando de controlarlas.

El poder en si mismo no es un valor falso, mundano. El falso valor es la manera mundana de ejercer el poder y la autoridad, el uso del poder y de la autoridad para DOMINAR y OPRIMIR a los otros.

Así fue cómo en la sociedad de Jesús el poder y la autoridad fueron generalmente usados. Él lo contestó (rechazó) como a un valor PAGANO que debería ser sustituido por el valor evangélico de usar todo poder y autoridad para servir a los otros.

Jesús los llamó y les dio esta lección: “Como ustedes saben, los que son considerados como jefes de las naciones las gobiernan como si fueran sus dueños; y los poderosos las oprimen con su poder. Pero entre ustedes no ha de ser así. Al contrario, el que quiera ser el más importante entre ustedes, que se haga el servidor de todos, y el que quiera ser el primero, que se haga el siervo de todos. Así como el Hijo del Hombre no vino para que lo sirvieran, sino para servir y dar su vida por los hombres, para rescatarlos” (Mc 10, 42-45).

No hay duda de que existen dos maneras diferentes de ejercer el poder y la autoridad. Es la diferencia existente entre dominación y servicio, entre desear ser servido y desear servir, entre usar el poder como opresor y usar el poder como libertador. No es posible ninguna vida espiritual verdadera sin una percepción de la diferencia entre estos valores, estos dos espíritus: el espíritu de dominación y opresión y el espíritu de servicio y liberación.

Sabemos que el Espíritu de Dios nos está inspirando cuando dejamos de dominar a los otros de alguna manera, y cuando no sentimos más la necesidad de autoafirmarnos controlando todo lo que ellos hacen. La experiencia liberadora de superar nuestro egoísmo incluye la experiencia de servir a las personas porque las amamos, y no porque nosotros deseemos su admiración, reconocimiento y gratitud. Nosotros sabemos que el Espíritu de Dios está inspirando a la Iglesia, cuando sus estructuras se hacen cada vez más estructuras de verdadero servicio y ministerio, en vez de estructuras de dominación y control. Sabemos que el Espíritu de Dios está inspirando a nuestra sociedad, cuando vemos que las estructuras políticas dejan de ser estructuras de opresión y esclavitud y comienzan a ser usadas para servir las necesidades de todo el pueblo.

Conclusión

Estos son los valores de Dios. Son los valores implícitos en la pasión que Dios tiene por la justicia, y en su amor por la raza humana. Son los valores que gobiernan los sentimientos y emociones de Dios. Estos son los valores del Espíritu conforme fueron revelados en Jesucristo.

Estos son los valores que necesitan transformar nuestra vida espiritual y especialmente nuestro esfuerzo en dirección a Dios en la oración. Son los valores que debemos difundir en todas las formas de apostolado, ministerio o evangelización, de modo que puedan gradualmente transformar y liberar al mundo entero. En nuestra lectura de los signos de los tiempos, son éstos los valores que nos permiten reconocer los signos de esperanza, las semillas del Reino en nuestro mundo de hoy.